

SUMA DE LA VIDA CRISTIANA

Baltasar Hubmaier

Introducción

Fuentes: Hubmaier, *Schriften*, pág. 109 y ss; versión alemana moderna en Fast, *Linker Flugei*, pág. 37 y ss.

Hemos notado antes¹ el carácter particular de la visión reformadora de Hubmaier en el seno del zuinglianismo radical. Por distintas razones, tales como su edad, su educación en la teología tradicional y, especialmente, por no haber participado en el desarrollo interno del movimiento en Zurich, Hubmaier pudo elaborar un concepto anabaptista muy claro en cuanto a la iglesia y a su orden. Mostró una actitud más optimista que la de los radicales de Zurich tanto en cuanto al servicio del gobierno en la reforma de la Iglesia, como en cuanto al uso de la violencia por el cristiano. Estuvo dos veces a la cabeza de una congregación anabaptista con apoyo gubernamental: en 1535 en Waldshot con respaldo del Concejo de la ciudad, que después cayó sitiada por las tropas imperiales; luego, en 1527, en Nikolsburg (Moravia) protegido por el príncipe Leonard de Liechtenstein, quien después tuvo que entregarlo a las autoridades de Viena.

Los escritos de Hubmaier fueron numerosos² y abarcaron diversos campos, incluso la teología especulativa (libre albedrío), la historia (resúmenes de la enseñanza de todos los siglos acerca del bau-

tismo) y la ética (acerca de la espada o la violencia). Sin embargo, su preocupación principal y el tema de sus obras más numerosas y populares fue el del orden de una iglesia renovada: bautismo, Santa Cena, catequesis y disciplina.

El título de "Suma" que dio a la presente obra no significa "totalidad", como en las obras medievales así llamadas, sino "resumen": quiere sintetizar en el más breve espacio lo esencial de la salvación del cristiano, y la relación que tiene ésta con el bautismo y la comunión.

Fue escrito a fines de junio de 1525. Representa así la primera expresión de Hubmaier como anabaptista y, por lo tanto, el primer texto impreso de todo el anabaptismo. Después incorporó el mismo texto en su obra más importante: Del bautismo cristiano de los creyentes³.

SUMA DE LA VIDA CRISTIANA

Por Baltasar de Friedberg, actualmente predicador en Waldshut, escrito para tres iglesias: la de Ratisbona, la de Ingolstadt y la de Friedberg¹; a sus amados señores, hermanos y hermanas en Dios el Señor.

En especial un informe sobre el bautismo de infantes y la Cena. (1525)

Gracia y paz en Jesucristo nuestro único Redentor.

¡Respetables, solícitos y amables señores! Ante todo os ofrezco mis humildes y diligentes servicios.

Amados señores y hermanos:

Reconozco humildemente que he pecado contra el cielo y contra Dios, no sólo con la vida pecadora, que he llevado ante vosotros con toda soberbia, fornicación y voluptuosidad mundana, contra la doctrina de Cristo, sino con la doctrina falsa, sin fundamentos e impía, en la que os he instruido [con la que os he] nutrido y [en la que os he] iniciado, al margen de las palabras de Dios. Sobre todo, como bien lo recuerdo, he pronunciado mucho palabrerío inútil acerca del bautismo, las vigiliias, los días del año, el purgatorio, las misas, ídolos, campañas, laúdes, órganos, pitos, indulgencias, procesiones, hermandades, acerca de sacrificios, del cantar, el murmurar. Con todo, puedo gloriarme realmente como Pablo, de haberlo hecho por ignorancia². La roja prostituta de Babilonia, con sus enseñanzas escolares, sus le-

yes y sus fábulas me ha engañado. Pero yo le he rogado a Dios y Él me lo ha perdonado todo. Por ello, amados señores y hermanos, os induzco y os exhorto a que en adelante pongáis a prueba y examinéis a los profetas y predicadores, para saber si marchan al frente de vosotros con la doctrina de Dios o no. Estudiad las Escrituras. Ellas darán testimonio de Cristo y de una vida cristiana. Proceded como los tesalonicenses³, así no podréis errar o ser seducidos. Y aun cuando vuestros predicadores se ofrezcan a trocar su alma por la vuestra no será suficiente, ni eso os ayudará. Porque Cristo ha dicho: "Si el ciego guiare al ciego ambos caerán en el hoyo"⁴. No sería nada que cayera un sacerdote solo. [Pero] según el sentido de las palabras de Cristo, también caerán las ovejitas.

En suma

Primero. Cuando Cristo enseña [a llevar] una vida cristiana, dice: "Cambiad o mejorad vuestra vida y creed en el Evangelio"⁵. Pero para cambiar la vida es preciso entrar en nosotros mismos y recordar lo que hemos hecho y lo que hemos omitido. Al hacerlo comprobamos que hacemos lo que está en contra de Dios y omitimos lo que Él nos ha ordenado. Si, no encontramos salud en nosotros, sino veneno, heridas e impurezas, que está en nosotros desde el comienzo, y en el que hemos sido concebidos y hemos nacido. Así se lamentan Job, David, Jeremías y otros hombres píos. Pero, por encima de eso, el hombre tampoco encuentra en sí ni asistencia, ni consuelo, ni remedio con que ayudarse a sí mismo. Por ello debe desesperar de sí mismo y desalentarse, como quien ha caído en poder de ladrones. Así es la miseria que hay en un hombre que medita sobre sí mismo y se reconoce.

Segundo. Por eso debe acudir al samaritano, que es Cristo. Él trae consigo medicinas, que son el vino y el aceite y las vierte sobre las heridas del pecador. Vino: brinda al hombre arrepentimiento, que hace que sus pecados le pesen. Y aceite con el cual aleja y calma el dolor, y dice "Creed en el Evangelio, él proclama claramente que yo soy el médico que ha venido a este mundo para hacer justo y recto al pecador. El Evangelio enseña también que soy el único misericordioso, conciliador, intercesor, mediador y pacificador ante Dios, nuestro Padre. Quien crea en mí no será condenado, sino que tendrá la vida eterna". Esas palabras de consuelo confortan al pecador, lo hacen volver en sí, lo alegran y hacen que desde ese momento se entregue

al médico, de modo que le encomienda, le entrega y le confía toda su enfermedad. También quiere, en la medida en que le es posible a un herido, entregarse a su voluntad y lo llama para que lo cure, a fin de que el médico lo aconseje, lo ayude y lo estimule, de modo que él pueda seguir su palabra y su orden. Pero todas las doctrinas que descubren la enfermedad o remiten al médico son —antes de ser creídas— una letra y matan. Pero en la fe, el espíritu de Dios las vitaliza, de modo que comienzan a vivir, a verdear y a dar frutos. Así, el agua se torna en vino en la boda, y es preciso vestir la burda túnica de Juan, antes de recibir el tierno, suave y manso corderito [que es] Jesucristo. Y ahora el hombre se dispone interiormente, de corazón y propósito, a iniciar una nueva vida, según la regla y doctrina de Cristo, el médico que lo ha sanado y que le ha dado la vida. Así, Pablo reconoce⁶ (Gl 2: 20) que no es él quien vive sino Cristo quien vive en él. Cristo es la vida en él y fuera de Cristo se reconoce a sí mismo como [algo] vano, nulo y como un desdichado pecador.

Tercero. Luego de que el hombre se ha encaminado en una nueva vida, interiormente y en la fe, lo atestigua también exteriormente, públicamente ante la iglesia cristiana, en cuya comunidad se hace incluir e inscribir, según el orden e institución de Cristo. Así da a entender a la iglesia cristiana, es decir a todos los hermanos y hermanas que viven en la fe de Cristo que está hasta tal punto interiormente instruido y orientado en la palabra de Cristo, que ya se ha entregado para vivir en adelante según la palabra, la voluntad y la regla de Cristo, para regir y determinar su hacer y su omitir por él, y para luchar y combatir bajo su insignia hasta la muerte. Y se hace bautizar con el agua exterior, con lo cual da público testimonio de su fe e intención: de que cree que tiene un Dios y Padre clemente, benigno y misericordioso en el cielo a través de Jesucristo; de que está conforme y satisfecho con eso; de que se ha propuesto y se ha comprometido ya interiormente a enmendar y perfeccionar su vida en adelante; de que da también testimonio exterior de todo eso, al recibir el agua; de que si en el futuro mancillara o arrojara en la ignominia la fe y nombre de Cristo, por pecados públicos que provocaran escándalo, se compromete y se somete así a la amonestación fraterna según la orden de Cristo⁷.

Cuarto. Pero como el hombre sabe y reconoce que, por naturaleza, él es un árbol malo, agusanado y emponzoñado, y que no puede dar por sí mismo buenos frutos, es preciso que contraiga ese compromiso, [que formule] esa promesa y brinde ese testimonio público, no con fuer-

za o capacidad humana porque eso sería una arrogancia o insolencia humana sino en el nombre de Dios, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, o en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, en la gracia y en el poder de Dios. Porque todo es una sola fuerza. De todo esto surge que el bautismo exterior de Cristo no es otra cosa que un testimonio público de las obligaciones internas, mediante el cual el hombre atestigua acerca de sí mismo y ante todos que es un pecador, y que se reconoce a sí mismo culpable. Sin embargo, al mismo tiempo cree firmemente que Cristo le ha perdonado el pecado por el trance de su muerte, y por su resurrección lo ha hecho justo a los ojos de Dios, nuestro Padre Celestial. Por ello ha resuelto confesar, en adelante, la fe y el nombre de Jesucristo ante todos y en forma pública, y también se ha propuesto y comprometido a vivir, en adelante, según la palabra y la orden de Cristo, aunque no por capacidad humana, para que le ocurra como a Pedro —“porque separados de mí nada podéis hacer”—⁸, sino en el poder de Dios, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ahora el hombre se abre paso en la palabra y en la obra, predica y engrandece el nombre y la alabanza de Jesucristo, a fin de que también otros se santifiquen y se salven por nosotros, así como nosotros hemos llegado a la fe a través de otros, que nos predicaron antes a Cristo, para que el Reino de Cristo se vuelva más numeroso.

A esto sigue la persecución, la cruz y todas las tribulaciones en el mundo a causa del Evangelio, porque el mundo odia la luz y la vida y ama las tinieblas. No quiere ser un malhechor, sino recto y justo en sus propias obras. Se dicta él mismo preceptos y reglas, con las cuales cree poder salvarse, y desprecia las poco promisorias, malas, simples reglas de Cristo. Aquí surge el viejo Adán, es decir, la naturaleza emponzoñada con que hemos sido concebidos en el vientre materno y dados a luz. Éste no abandona sus viejas tretas, yergue las orejas, aplica su carácter nato y se resiste al espíritu que hay en el hombre, a fin de que éste no haga lo que quiera, según las palabras de Dios, cuando es preciso matar la carne, él sólo quiere vivirla y regirla según sus apetitos. En esto se impone y triunfa el Espíritu de Cristo y brinda al hombre buenos frutos que son testimonio de un buen árbol, y se ejercita día y noche en lo que refiere a la alabanza a Dios y al amor fraterno.

Esta es la suma y el verdadero orden de toda una vida cristiana que se inicia en la palabra de Dios. De esto surge el reconocimiento del pecado y el perdón del mismo en la fe. La fe no permanece ociosa, sino que trabaja en todas las buenas obras cristianas. Mas todas ellas son

sólo buenas obras cristianas que el propio Dios ha resuelto realicemos y de las cuales nos pedirá cuenta el día del Juicio Final⁹.

Quinto. Luego que hemos reconocido lúcida y claramente a partir de la palabra divina la inestimable, indecible benignidad de Dios, debemos estar agradecidos a Dios, nuestro Padre Celestial, que siempre ha amado tan fervorosamente al mundo, que no ha reparado en brindarnos a su propio hijo hasta la muerte, más aún, la muerte en la más ignominiosa cruz, para que nosotros nos salváramos. Luego, el propio Jesucristo, nuestro Redentor, dispuso e instituyó un hermoso recuerdo en su Última Cena, para que no nos olvidáramos de él. Porque mientras él y sus discípulos comían juntos tomó el pan, agradeció y dijo: "Tomad y comed; éste es mi cuerpo que por vosotros es dado; haced esto en memoria mía". De la misma manera tomó la copa y dando de beber a todos dijo: "Tomad y bebed; ésta es mi sangre que por vosotros se derrama para perdón de los pecados; haced esto en memoria mía". Aquí ve cualquiera que el pan es pan y el vino, vino, aunque instituido por Cristo como exhortación y conmemoración, a fin de que cada vez que rompemos y comemos juntos el pan, recordemos su cuerpo, que fue roto por nosotros en la cruz y repartido entre todos aquellos que lo comen y lo reciben en la fe. Está, pues, a la vista que el pan no es el cuerpo de Cristo sino una rememoración del mismo. De igual manera, el vino no es la sangre de Cristo, sino también un recuerdo de que él derramó su sangre y la repartió en la cruz para lavar los pecados de todos los fieles, así como el emblema de una taberna no es directamente el vino sino una sugerencia del mismo. Es justo que recordemos los buenos actos y que no los olvidemos sino que los proclamemos, los pregonemos y estemos agradecidos por ellos hasta la eternidad. Pablo nos exhorta muy seriamente a hacerlo cuando escribe a los corintios ¹⁰: "Todas las veces que comiereis este pan (advertid: lo llama pan y es pan) y bebiereis esta copa, es decir el vino (advertid: es vino lo que se bebe) la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga". Advertid, dice: "hasta que él venga". De esto se entiende bien que no está presente, sino que sólo vendrá a la hora del Juicio Final, en su gran majestad y gloria, brillando abiertamente como el relámpago, de Oriente a Occidente.

De esto surge y se comprende cabalmente, que la Cena no es otra cosa que una conmemoración del Cristo doliente, que entregó su cuerpo por nosotros y que derramó su sangre color de rosa en la cruz, para lavar nuestros pecados. De esa Cena hemos hecho hasta ahora

una "misa de osos", la hemos provisto de gruñidos y rugidos y la hemos vendido por muchos bienes y dinero y, con gusto lo seguiríamos haciendo; lamentémonos de eso ante Dios. El hombre que conmemora la cena de Cristo y que contempla los sufrimientos de Cristo con firme fe, agradecerá a Dios también esa gracia y bondad y se someterá a la voluntad de Cristo. Pero esa voluntad es que así como él fue con nosotros, así debemos ser nosotros con nuestro prójimo, y que debemos entregar nuestro cuerpo, vida, bienes y sangre, por amor a él. Esa es la voluntad de Cristo. Y como, por nuestra parte, resulta imposible cumplirla, debemos clamar fervientemente a Dios para que nos proporcione gracia y fuerza para ejecutar su voluntad. Porque si Él no nos otorga la gracia estamos perdidos. Somos hombres y hemos sido hombres y seremos hombres, hasta la muerte.

¡Oh, amados señores, amigos y hermanos! Tomad a pecho lo que os he dicho y buscad la luminosa, clara, pura palabra de Cristo; únicamente de ella brotará para vosotros la fe en la cual debemos salvarnos. Porque el hacha apunta a la raíz del árbol. No hay razón para que no sea volteado. En verdad os digo: si tenéis la escarcha aquí, en lo temporal, caerá sobre vosotros la nieve del frío eterno. Pues Cristo dice con palabras claras: "A quien me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre; a quien me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de Dios". "No temáis a los que puedan quitaros el cuerpo (que es más que [otros bienes] temporales), temed más bien a aquél que puede quitaros cuerpo y alma y arrojaros a la condenación eterna"¹¹. Quien tenga oídos, que oiga el duro y severo juicio de Dios acerca de los que callan y niegan su palabra. Dios nuestro Señor ilumine a quien no quiera oír. Amén.

Con esto nos encomendamos a Dios.

Fecha en Waldshut, el sábado siguiente a la fiesta de San Pedro y San Pablo, 12 de julio. Año 1525.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

¹ Cf. respectivamente págs. 26 y 29 (notas 37 y 38).

² La colección definitiva de sus obras (*Schriften*) contiene 420 páginas de texto, producidas en menos de cuatro años.

³ *Schriften*, pág. 116, probablemente publicado en agosto de 1525. De sus siete obras acerca del bautismo es la más básica y popular.

NOTAS AL TEXTO

¹ Ratisbona (Regensburg), la ciudad donde Hubmaier había estado como predicador popular; Ingolstadt donde estudió y se desempeñó un tiempo como vicerrector de la Universidad; Friedberg su lugar natal. Hubmaier formula este prefacio como testimonio o desafío al mundo de su pasado católico. Es decir, entiende su toma de posición nueva como un protestantismo esencial frente al catolicismo, mientras los anabaptistas de Zurich se consideraban como radicales frente al protestantismo oficial.

² 1 Ti 1: 13.

³ Hch 17: 11.

⁴ Mt 15: 4.

⁵ Mc 1: 15.

⁶ Gl 2: 20.

⁷ Mt 15: 15. Compárese con el papel de la "regla de Cristo" en Lutero (págs. 86 y ss. especialmente 97 y s), Grebel, (págs. 132, 138-140) y con la elaboración aún más completa de *De la amonestación fraterna* (págs. 191-202).

⁸ Jn 15: 5.

⁹ Mt 25.

¹⁰ 1 Co 11: 26.

¹¹ Mt 10: 32s y 28.